

de bendición, favorecido desde sus primeros años con los mas preciosos dones del cielo, no manifestaba repugnancia mas que á los juegos de su edad, y practicaba desde la mas tierna infancia las virtudes mas eminentes: habituábase á la mortificación y á la abnegacion propia, huía del mundo, entregábase á la oracion y manifestaba una tierna devoción á la Santísima Virgen, á los misterios de la Pasion de Jesucristo y á la Santa Eucaristía: devoción que fué creciendo siempre hasta los últimos momentos de su vida. Habiendo abrazado el orden de San Francisco en la reforma establecida por San Pedro de Alcántara en España, y que el P. Juan de San Bernardo, religioso español, acababa de introducir en Italia con autorizacion del Papa Clemente IX, Juan José se propuso por modelo desde el principio de su noviciado á su santo patriarca y al autor de la reforma que habia elegido: desde entonces se hizo admirable por la perfeccion de su penitencia, de su contemplacion, de su humildad y de su espíritu de pobreza.

No hacia mas que tres años que habia profesado, cuando sus superiores le enviaron á fundar en el Piamonte el convento de Alifa. La solicitud que en este particular empleó fué coronada con tan brillantes resultados, que este convento fué la perfecta imagen del que en otro tiempo habia fundado S. Pedro de Alcántara en el Pedroso, en Estremadura. En esta época fué elevado Juan José, á pesar de su resistencia, al sacerdocio, y alcanzó licencia para construir en la pendiente de un monte muy alto á cierta distancia del convento, una ermita que construyó con sus propias manos, acarreando personalmente para construirla cuanto antes los materiales con tal trabajo, que á veces las huellas de sus pasos estaban indicadas por un rastro de sangre. Rogáronle sus hermanos redactase para su convento algunos reglamentos particulares, y lo hizo efectivamente; pero con tanta discrecion, que posteriormente merecieron ser aprobados por la

Santa Sede. Encargado luego de la direccion de los novicios, los condujo con tal tino á la perfeccion de su estado, que muchos de ellos adquirieron gran reputacion de santidad y estuvieron favorecidos con el don de hacer milagros.

El Papa Clemente XI á principios del siglo XVIII separó de la congregacion de España á los franciscanos de la Observancia de Italia, establecidos en el reino de Nápoles. Estos religiosos no tenían ninguna forma fija de gobierno, y habia varias dificultades que se oponian á que la obtuvieran. Juan José de la Cruz removió todos los obstáculos, y consiguió que todos los conventos del reino se reunieran formando provincia con el título de San Pedro de Alcántara. Nombráronle superior; pero él era demasiado humilde para creerse capaz de cumplir dignamente este cargo: quiso renunciar, mas la congregacion romana, llamada de los regulares, le obligó á conservarle. Dios, que queria purificar mas y mas la virtud de su siervo, permitió que tuviese que sufrir las mas negras calumnias antes de llegar á establecer su instituto en Italia. Habiendo por último hecho callar á fuerza de paciencia á sus perseguidores, se entregó nuevamente y con redoblado ardor á la contemplacion y á la penitencia, ejercitando al mismo tiempo las virtudes de la humildad, de la exacta observancia de la disciplina regular, de la pobreza y abstinencia. Por espacio de sesenta y cuatro años no llevó sobre su carne desnuda mas vestido que un simple hábito, ni tomó mas alimento en otros veinte y cuatro años que pan y frutas, á imitacion de los antiguos anacoretas, y solo por obediencia dejó de alimentarse de este modo, comiendo algunos otros manjares no menos groseros. No referiremos aquí todas sus mortificaciones, ni el santo rigor con que este insigne siervo de Dios se trataba; solo diremos que si se refiriesen á una época mas distante, y no estuviesen bien justificados, parecerian casi increí-

bles. Dicese que al entregarse á la oracion solia quedarse en éxtasis. Lo que está fuera de toda duda es, que Dios le dotó con gracias extraordinarias, y que tuvo el don de profecía y el de hacer milagros. Este perfecto religioso prolongó su santa carrera hasta los ochenta años. En esta avanzada edad, en la que aun ardia su pecho en celo por la salvacion de las almas, se vió acometido de apoplejía y el 5 de marzo de 1734 durmió pacíficamente en el Señor, hallándose en el convento del monte de San Lucio en la ciudad de Nápoles. Varios prodigios obrados mediante su intercesion despues de su muerte, determinaron al Papa Pio VI á inscribirle en el catálogo de los beatos en 15 de mayo de 1789.

Crispin, humilde fraile lego de la orden de San Francisco, nació en Viterbo el 13 de noviembre de 1668, de padres pobres y virtuosos. Diéronle una educacion cristiana, y depositaron en su juvenil corazon las semillas de Religion, que andando el tiempo produjeron los mas copiosos frutos de santidad (1). Tenia cerca de cinco años, cuando su madre, hallándose con él en el campo el dia de la Anunciacion, vió una imagen de la Virgen, se arrodilló ante ella, y trató de explicar á su hijo los gloriosos privilegios de la Madre de Dios: «Hijo mio, le dijo, ¿qué es lo que ves en este instante? En este instante estás viendo á tu madre: á ella te entrego: ámala de todo corazon, y hónrala como reina tuya.»

Enseñáronle á leer y á escribir, y le dieron luego los principales rudimentos de instruccion. Sus disposiciones piadosas empezaron á sobresalir ya desde aquella época: oraba mucho y ayunaba frecuentemente. Su mas grato placer era ayudar á misa y asistir á los oficios y á las ceremonias de la Iglesia, sin que por su devocion faltase nunca en lo mas mínimo á los

(1) El abate Tresvaux, *Suplem. á las Vidas de los Padres*, etc. p. 246 y 249.

deberes para con sus padres. Sus compañeros querian persuadirle á que sentase plaza de soldado; mas habiendo asistido cuando tenia doce años á una profesion religiosa en Viterbo, vió dos jóvenes novicios capuchinos, cuyo recogimiento, fervor y humilde aspecto le afectaron de tal manera, que le pareció estar viendo mas bien unos ángeles que unos hombres, y exclamó: «A este ejército quiero yo pertenecer.» La cruz de San Francisco es la que quiero poner sobre mi corazon, y no dejar de tenerla eternamente.» Posteriormente pidió ser admitido como hermano lego en un convento de capuchinos de Viterbo, y fué efectivamente recibido. «Ahora, dijo al entrar, ya he roto con el mundo! ¡Adios, patria! ¡Adios, amigos! Ya soy hijo del seráfico Patriarca.» Sus padres, al separarse de él, no podian contener el llanto, bien escusable por cierto; pero él los consoló, recordando á la madre la circunstancia de haberle ofrecido á la Virgen desde su infancia. «Esta fué, la decia, una oferta libre: ha sido aceptada, y no debemos estar pesarosos de haberla hecho.» Viendo su ardor y deseando sinceramente su bien espiritual, los piadosos padres sacrificaron á Dios sus afectos y le otorgaron su bendicion. Contaba entonces veinte y cinco años.

Despues de un año de noviciado, pronunció solemnemente sus votos en calidad de hermano lego, y de allí á poco el maestro de novicios declaró que jamás habia encontrado un súbdito mas sumiso. Su conducta despues de su profesion correspondió á lo que podía esperarse de tan santo noviciado. Esmeróse en practicar puntualmente todas las reglas de la orden, obedeciendo con prontitud y alegría á cuanto sus superiores le mandaban, escogiendo los empleos mas humildes y desagradables, y esforzándose en aparecer inferior á todos. Aplicábase en secreto todas las penitencias que puede inspirar el espíritu de fervor que anima á un buen religioso. Adoraba á Dios en espíritu y en verdad, considerándose conti-



nuamente en su presencia: su santidad se daba á conocer en sus palabras, en su humilde modestia, en su ademan piadoso, en el respeto con que hablaba de las materias de Religión, y en el cuidado que tenia de evitar las conversaciones frívolas y de darles continuamente un giro espiritual y útil. Segun las reglas de la órden, los hermanos legos reciben semanalmente dos veces la comunión, y además en otros varios días festivos. Jamás interrumpió esta santa costumbre, y el modo con que se preparaba para cumplir con ella, la devoción con que la desempeñaba, y las acciones de gracias que daba á Dios despues de haberla cumplido, manifestaban á lo vivo cuán penetrado se hallaba de la dignidad de este divino Sacramento y del amor infinito que el Redentor tuvo para con los hombres al darles este alimento espiritual.

Su caridad para con el prógimo dábale también á conocer de distintas maneras. El bien espiritual era el primer objeto de su solícitud, y luego se esmeraba en ocurrir con todo su poder á las necesidades temporales. Como frecuentemente le enviaban á pedir para el convento, hallaba en tales ocasiones modo de servir á los menesterosos en sus diversas necesidades, particularmente reconciliándolos con Dios é instruyéndolos á sus hijos. El bien que así producía era tan general, que solian decir que cada una de sus salidas del convento equivalía á una misión. Nadie daba mejor consejo, ni nadie resolvía mas discretamente las cuestiones mas árdas. De manera, que no solo los pobres y pequeños trataban de saber su opinion en algunos asuntos, sino hasta las personas de elevada gerarquía, los cardenales y los prelados le consideraban como un varon singularmente favorecido de Dios. Sin embargo, su humildad era verdaderamente incontestable, así es que hasta el fin de su vida prosiguió desempeñando con amor y paz las mas bajas funciones de su humilde profesion. Enviósele á diferentes conventos, y en uno se

le confiaba el cuidado de los enfermos, en otro la cocina, en otras partes se le encargaba la limpieza de la casa, y en los mas de ellos la cuestacion. Cualquiera que fuese la tarea á que se dedicaba, siempre la desempeñaba con tal piedad, humildad y buen humor, que no podia menos de escitar el interés y edificar á cuantos le miraban.

En 4.º de mayo de 1750, anunció él mismo su fin como próximo, y efectivamente, de allí á poco cayó gravemente enfermo. Recibió los Sacramentos de la Iglesia con la mas singular devoción; y sin embargo, este sauto varon (¡qué lección tan importante para nosotros!), manifestó temor al sentir la aproximación de la muerte; pero su confianza en Dios y en aquella que constantemente le habia protegido, permaneció inalterable. «Oh Jesus, ¡mio!, exclamaba con frecuencia, me habeis redimido con vuestra sangre! ¡no me negueis vuestro favor en este momento! ¡terminad la obra de vuestro amor; asegúradme de mi salvación!» Invocando luego á la Santísima Virgen decia: «¡Oh poderosa y venerable Madre de Dios, sed mi abogada, mi consuelo, mi refugio y mi protección, acordaos de mí en este postrer momento!» Sus súplicas fueron oidas; falleció el 19 de mayo de 1750, con la confianza mas humilde y firme de poseer la bienaventuranza. Tenia ochenta y un años de edad. En 26 de agosto de 1806 fué beatificado por Pio VII.

Pablo Gerónimo de Casa-Nuova, nacido en 20 de diciembre de 1676, de padres honrados y piadosos, en Puerto-Mauricio, diócesis de Albenga, costa de Génova, manifestó desde su infancia tal inclinación á la piedad, que parecia ser precursora de su futura santidad y que fué haciéndose cada vez mas notable á proporcion que él iba creciendo en edad (1). Habiendo pasado á Roma á la edad de diez

(1) El abate de Tresvaux, *Suplem. á las Vidas de los Padres*, etc., p. 192-196.

años á casa de un tio que vivia en ella, fué educado por los jesuitas del colegio romano, donde no mostrándose inferior en talento á ninguno de sus discípulos, les aventajaba á todos en pureza de costumbres, austeridad, menosprecio de sí mismo y amor á las cosas santas. En su persona parecia revivir San Luis Gonzaga. Su virtud le proporcionó la ventaja de ser admitido en la pequeña congregación formada en el oratorio del P. Caravita, compuesta de doce jóvenes escogidos entre los mas fervorosos y de mas celo que se dedicaban á enseñar la doctrina en las iglesias, y á ir los días festivos por la ciudad buscando gente ociosa para conducirla á los sermones. Acabados sus estudios, se sintió con vocación para el estado religioso. En 1697, despues de maduras reflexiones, entró en el convento de San Buenaventura, de los menores observantes reformados, y pronunció sus votos con el nombre de Leonardo de Puerto-Mauricio, con el que generalmente es conocido.

Grandes dificultades tuvo que vencer Leonardo para llevar á cabo este piadoso designio. Su tio, que era médico, se mostraba tan opuesto á su proyecto, que montó en cólera al saberlo y lo expulsó de su casa llenándole de injurias. Los piadosos amigos de Leonardo, que se sentian edificados con su fervor, hicieron por su parte cuantos esfuerzos pudieron para retenerle entre ellos. Así es que, cuando por último, despues de superar tantos obstáculos, llegó á la dicha por que suspiraba con tanto afán, procuró corresponder fielmente á la gracia que habia recibido. Cuando posteriormente Leonardo hablaba del año que habia pasado en el noviciado, solia darle el nombre de año santo, con lo cual se podrá formar idea de la perfección con que pasó aquel año de pruebas. Empleó el siguiente á su profesion en hacer un profundo estudio de las obligaciones de su estado, en la lectura de los libros espirituales y en el ejercicio de la oración. Su regularidad

era objeto de admiración para sus hermanos. Algunas veces solia decir: «Si cuando somos jóvenes no hacemos caso de las cosas pequeñas, luego que seamos mayores y tengamos mas libertad, faltaremos sin pensarlo á las cosas mas importantes.» Su conducta servia de ejemplo, y sus palabras alentaban á los demas religiosos á la práctica de la virtud. Solia decirles: «Con el auxilio de la gracia podemos no solo llegar á ser buenos, sino llegar á ser santos.»

Habiéndose ordenado de sacerdote, se consagró al bien espiritual del prógimo: sus sermones producian efectos muy saludables, prueba mas sólida de su mérito que los aplausos que recibia por ellos. Mas no correspondiendo sus fuerzas corporales al ardor de su celo, cayó en una grave enfermedad, y durante cinco años se vió precisado á dedicarse exclusivamente á la santificación de su alma. En esta época fué cuando habiendo ido á su pais natal, dió á conocer en aquella comarca el piadoso ejercicio del Viacrucis ó camino de la Cruz, devoción que en la actualidad se halla tan popularizada y que los Soberanos Pontífices han favorecido concediéndole grandes indulgencias. Habiéndose por último restablecido el santo religioso por favor especial de la Virgen, trabajó nuevamente en la santificación de las almas; pero con tanto celo, que causaban admiración las fatigas que soportaba, siendo así que al parecer debia de estar estenuado por los ayunos, vigiliass y austeridades á que se entregaba. Las numerosas misiones que predicó le obligaron á recorrer gran parte de Italia; primeramente trabajó largo tiempo en Toscana y luego fué llamado á Roma y á las campañas inmediatas, pasando posteriormente á Génova y Córdoba, y regresando por último á los Estados Pontificios.

En todas partes lograba conversiones: consolidaba á los buenos en la piedad y escitaba nuevo fervor en los piadosos. En Roma corrian las personas de mas alta esfera á oír sus sermo-



nes; entre otros citaremos al ilustre Lambertini, que ocupó posteriormente la silla de San Pedro, bajo el nombre de Benedicto XIV, y que nunca hablaba de Leonardo de Puerto-Mauricio sino con la más grande estimación.

Mas al paso que predicaba á los otros, no se descuidaba de su propia salvacion el celoso misionero: con frecuencia solia retirarse á una soledad en donde vivia solo para Dios. Tenia en grande estima el libro de los Ejercicios de San Ignacio de Loyola, y á fin de estender su uso, obtuvo de Cosme III, gran duque de Toscana, y admirador de sus virtudes, una casa en las inmediaciones de Florencia, donde reunia con frecuencia á los fieles que deseaban ocuparse mas particularmente de sus intereses espirituales en el recogimiento y el silencio. Allí se egecutaban bajo su direccion los ejercicios de retiro en la forma prescrita por aquel gran Santo.

Varias cofradías debieron á Leonardo su institucion, y particularmente una en la iglesia de San Teodoro de Roma en honor del sagrado Corazon de Jesus. Los nombres de Jesus y Maria estaban sin cesar en su boca: y á fin de despertar hácia ellos la atencion de los fieles, queria que los inscribiesen en los sitios mas frecuentados por el público. Recomendaba enérgicamente la meditacion de la Pasion del Salvador, y para propagarla mandó construir en Roma en el anfiteatro de Vespasiano, conocido con el nombre de Coliseo, ciertas pequeñas capillas en las que están representados todos los padecimientos del Salvador, desde la oracion del huerto hasta su muerte en el Calvario. En varias ciudades instituyó tambien la adoracion perpétua de Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Finalmente, despues de haber continuado estos útiles trabajos por espacio de cuarenta y cuatro años, abrumado de fatiga, regresó por última vez á Roma á su convento de San Buenaventura y se preparó santamente á la muerte, que le puso en posesion de las recompensas

eternas en 26 de noviembre de 1751. Al saber su fallecimiento Benedicto XIV, que entonces gobernaba la Iglesia, dijo: «Hemos perdido mucho; pero tambien hemos ganado un protector en el cielo.» Numerosos milagros se han obrado por la intercesion de este santo religioso, cuya memoria goza de grande veneracion en Roma. Pio VI, que le habia conocido personalmente y le reverenciaba, promulgó en 14 de junio de 1796 el decreto de su beatificacion. De este santo misionero han quedado varias obras y entre otras el *Manual sagrado* y las *Advertencias útiles á los confesores*. En Venecia se publicó una coleccion de sus obras en dos tomos el año 1742.

Acabamos de hablar de la devocion de Leonardo de Puerto-Mauricio al Sagrado Corazon de Jesus. Esta devocion simbólica hacia ya muchos años que se habia ido difundiendo, y las almas piadosas se habian aficionado tanto mas á ella, cuanto mas parecia que el amor al Hijo de Dios se iba borrando entre los hombres.

La devocion al Sagrado Corazon de Jesus no consiste en amar solamente y honrar con un culto especial á aquel corazon de carne, semejante al nuestro, que formó parte del adorable Cuerpo del Salvador. El objeto y principal motivo de esta devocion es el amor inmenso del Hijo de Dios, amor que le arrastró á la muerte por nosotros y hasta el punto de entregársenos del todo en el augusto Sacramento del altar, sin que todas las ingraticudes, todos los desprecios, todas las injurias, todos los ultrajes que en aquel estado de víctima inmolada debia recibir hasta el fin de los siglos y que le eran perfectamente conocidos, hubiesen sido bastantes para impedirle seguir esponiéndose cada día á los insultos y oprobios de los hombres, á fin de darnos un testimonio mas eficaz del exceso de su ternura. El fin que esta devocion se propone es: primero, reconocer y honrar cuanto nos es posible por medio de frecuentes adoraciones, hacimientos de gra-

cias, y toda especie de homenajes, las admirables disposiciones de aquel Corazon sagrado y los sentimientos de amor que Jesucristo nos dispensa actualmente en la Eucaristía; segundo, reparar por todos los medios posibles las indignidades y ultrajes á que este amor le espone todos los días en el Santísimo Sacramento. Y como nosotros necesitamos, aun en el ejercicio de las devociones mas espirituales, objetos naturales y sensibles que nos afecten, renovándonos el recuerdo y facilitando la práctica, por eso se ha elegido el Sagrado Corazon de Jesus como el objeto sensible mas digno de nuestros respetos y adoraciones. En este Corazon, dice Santo Tomás, reside el manantial y el tesoro de aquel amor inmenso que el Salvador ha profesado siempre á todos los hombres, amor que nosotros pretendemos ser el objeto particular de esta devocion. Así es que la ternura sin límites que Jesus tiene para con nosotros, y de la que nos dá pruebas tan visibles en la Eucaristía, es el principal motivo de este culto; la reparacion de los ultrajes que se le hacen y del desprecio con que se mira esa ternura, es el fin principal que se propone; el sagrado Corazon de Jesus, todo abrasado de amor, es el objeto sensible; y un afecto tan tierno como ardiente hácia la persona del Salvador, debe ser su fruto.

Una multitud de Santos habian autorizado la devocion al sagrado Corazon de Jesus, y hecho ver cuán útil es para la salvacion de los hombres, antes que una venerable hermana de la Visitacion, ilustrada con las mas vivas luces del Espíritu de Dios, tuviese la inspiracion de establecerla. Esta santa hermana, cuya vida fué escrita por Languet, arzobispo de Sens, nació el 2 de julio de 1647 en Lauthcourt, parroquia de Veroude, en la diócesis de Autun. Su padre, llamado Claudio Alacoque, juez de varios Estados señoriales, era un hombre de reconocida probidad y sentimientos religiosos; y su madre se llamaba Filiberta La-

myn. Dieron á su hija en el bautismo el nombre de Margarita, y ella, al tomar el hábito, le añadió el de Maria. Su infancia fué la de un alma privilegiada; pues apenas su razon principió á desarrollarse, cuando se sintió poseida de un profundo horror al pecado. Su temor de ofender á Dios era tan grande, que bastaba decirle que iba á cometer una falta, para que reprimiese en el acto las señales de impaciencia ó vivezas propias de su edad. No contaba mas que cuatro años, cuando su madrina, la señora de Fautrieres, pidió á sus padres que se la dejaran llevar en su compañía. El tiempo que Margarita pasó en casa de esta señora le fué muy útil, por haber quedado puesta en manos de una persona que la educaba segun todos los preceptos de la virtud. El trabajo era fácil, porque el corazon de esta niña estaba enteramente consagrado á Dios. Desde luego resplandecian en ella su amor á la pureza, su aficion al rezo, su ardiente y única inclinacion á Jesucristo, á quien iba frecuentemente á visitar al templo, donde pasaba horas enteras, y su tierna devocion hácia la Virgen Santísima. A los ocho años de edad perdió á su padre, y de resultas de esto fué colocada por su madre en el convento de religiosas de Santa Clara de Charoles en calidad de pensionista. Su entrada y permanencia en aquel monasterio fueron un medio de que se valió la Providencia para mantenerla y consolidarla en la piedad. Noblemente estimulada con la virtud de aquellas religiosas, ardía en deseos de imitarlas, y desde entonces concibió el designio de abrazar la vida del claustro. Por otra parte, las religiosas, notando desde luego las felices disposiciones de su jóven pupila, trataron de disponerla cuanto antes á recibir su primera comunión. Recibióla Margarita á la edad de nueve años, y el modo y el fervor con que se preparó para recibirla, fueron los preluos del santo afán que manifestó toda su vida por aquel divino manjar.

No tardó Dios en visitarla con aflicciones.